

AMANECER DE UN DÍA AGITADO

Me llamo Eugenia Ortiz. La semana próxima voy a cumplir 65 años. Nací en Buenos Aires en 1809. Por aquella época era común que los niños que pertenecíamos a familias donde no faltaba el dinero fuéramos criados por esclavas negras. Eran nuestras amas de leche y los médicos las recomendaban como las mejores nodrizas. La mía se llamaba Clementina, ¡y yo la adoraba!

En las tardes de verano, cuando el calor se hacía insostenible y todos dormían la siesta, nosotras nos sentábamos debajo del limonero. Nadie como ella sabía explicarme todo tan bien.(...)

Este es uno de los primeros recuerdos que tengo de mis charlas con la tía Cleme. Fue algunos años después de la Revolución de Mayo. En el reloj había sonado la hora fatal: la de ir a la cama. ¿A qué niño le gusta ir a la cama? Mi tatita acababa de darme la bendición cuando, al pasar al lado de mi madre, pude ver que todavía tenía los ojos enrojecidos por el llanto de esa tarde. Entonces, mientras me zambullía en las sábanas heladas, le dije a Clementina...

—Tía Clementina, contáme, ¿por qué lloraba mi mamá esta tarde?

—¡Ay, niña Eugenia, no me haga andar contando las cosas de mi amita!

—Contáme, Clementina. Hasta que no me cuentes, no me voy dormir.

—Mire que es caprichosa, mi niña! Le cuento rapidito y después se me duerme. Mañana es fiesta de la Patria y tenemos que estar tempranito en la plaza pa' cantar el Himno.

—Prometido.

—Su Merced lloraba porque pa' esta fecha se le viene a la memoria el recuerdo del hermano que está en España.

—El tío Eusebio, Clementina?

—El mismo, mi niña.

—Yo no lo recuerdo para nada.

—Y de las primas tampoco se acuerda?

—Nada de nada.

—Ay, qué negra bruta que soy! Cómo se va a recordar, si mi niña era así de chiquitita cuando ellos se fueron.

—¿Chiquitita como mi hermano era yo, Clementina?

— ¡Igualita!

— Bueno, seguíme contando, ¿por qué lloraba mi madre?

— Como le decía, niña Eugenia, l'amita lloraba porque hace siete años, pa' esta fecha, se armó un lío tan grande en este país y en esta casa que de resulta de eso, su tío se fue con la familia a España pa' nunca más volver.

— ¿Y no se sabe nada de ellos?

— Algo debe saber l'amita, porque de vez en cuando recibe cartas. Después que las lee me pide que se las guarde en un baúl que yo tengo.

— ¿Y qué dicen, Clementina?

— ¡Y no sé niña, si yo no aprendí a leer! Y aunque supiera, tampoco andaría por ahí, husmeando cartas ajenas. ¿Qué le estaba contando? ¡Ah!, sí, el lío que se había armado. Eran como las seis de la tarde del 25 de mayo del año'1810. Había llovizado todo el santo día, lo mesmito que hace hoy. Esa mañana, después de una semana movida como un candombe, habían sacado al virrey del gobierno lo habían cambiado por una Junta.

— ¿Un virrey? ¿Qué es virrey, Clementina?

— ¡Ay, niña! ¡Si a cada cosa que sale de mi negra boca usted' va a preguntar! Espere que ya vamo' a llegar a esa parte. Le decía, entonces, que ese día 25 había cambiado el gobierno. Y de tener gobernantes españoles pasamos a tener gobernantes de acá nacidos en esta tierra, criollos, como se dice,

— ¡Como yo! —Como usted', como su hermano, como su padre. Pero no como su madre ni como su tío Eusebio, que por ese lado de la familia son todos españoles.

— No me traerías un jarrito de mazamorra, Clementina? ¡Tengo un hambre!

— ¡No, mi niña, ya comió demasiado! Ahorita que le termino de contar, le traigo un dulcecito pa' engañar el estómago. Le decía, entonces, que ese día 25 los criollos se habían hecho cargo del gobierno, dejando afuera a los españoles. ¡Así que se imagina como estaban los españoles!

- ¿Y me imagino cómo estaba el tío Eusebio! ¿Y papá?, ¿qué hacía papá?

— ¡Ahí estaba el asunto! El amo era uno de los que habían ido ese día al Cabildo, a votar pa' que el virrey se fuera. Y el tío Eusebio, a votar pa' que se quedara.

- Y como habían ganado los que lo querían sacar, el amo se burlaba de su tío.

- ¿Y qué le decía, Clementina?

— De todo; “chivato” y otras cosas que no se pueden repetir. ¡Y ahí estaban los dos, sacándose chispas por los ojos!

— ¿Siempre se peleaban, tía?

— Discutían bastante.

— ¿Por...?

— Parece ser que los lío' entre el amo y su tío eran porque no pensaban lo mismo.

— En qué cosas pensaban distinto, Clementina?

— En muchas. No sé, yo mucho no entiendo. Parece cuestiones de dinero, de política.

— Pero, ¿quiere que le diga una cosa, mi niña?, a mí tampoco me terminaba de gustar ese Eusebio. Andaba siempre con la nari' pa' arriba, creyéndose muy importante el hombre porque era español. Se daba corte porque a veces el virrey lo invitaba a los banquetes.

— ¿Y a mi papá no lo invitaba?

— ¡Qué lo va a invitar, mi niña! Además, ni falta que le hacía; el amo tenía otra clase de amistades.

— ¿Quiénes, Clementina?

— Toda gente instruida, que tenía ideas más modernas, como Mariano Moreno, ¡que Dios lo tenga en la glorial!, o Manuel Belgrano, y otros que ya ni me acuerdo.

— Belgrano?, ¿el de la bandera?

— Ajá, el mismo. Bueno, ya nos fuimos por las ramas. Ni sé de lo que estábamos hablando... ¡Ah, sí!, de ese día en el Cabildo. Después que volvieron de votar, la tarde acá en esta casa se había puesto difícil... Pa' el amo era un día de fiesta y pa' el otro, un velorio.

Pero el lío se armó a la noche. La Junta de Gobierno dio la orden de prender toditos lo' farole' del Cabildo y de la ciudad. ¡Pa' que se notara la fiesta! ¿entiende, mi niña?

— ¡Ah! Igual que ahora, cuando nuestro ejército les gana una batalla a los españoles, ¿no?

— La misma cosa. Así que mandaron encender todas las velas. Pero la lluvia apagaba los candiles. Entonces dispusieron que se prendieran las velas de todas las casas y que se abrieran los postigones pa' que la luz de adentro iluminara las calles.

— ¿Y el tío aceptó?

— ¡Ahí fue cuando se armó! El amo abría las ventanas y su tío las cerraba. ¡Así anduvieron por no sé cuánto tiempo! Uno que abría y el otro que cerraba, uno que abría y el otro que cerraba.

— “Qué val!”, decía Eusebio. “Gastar en velas porque se les ocurre a unos cuantos atropellados que sacaron de su puesto al virrey” “¡Ya bastante con las que se prendieron en el Cabildo!” “¿Quién va a pagar todo lo que estuvieron gastando toda la semana, eh? ¿quién? ¡¡¡Nosotros!!!” Y seguía: “Entre las velas, los vinos que se tomaron y las viandas que le encargaron a la fonda de Berdial, deben sumar unos cuantos reales” ¡Y gritaba como un loco!

— ¿Y mi papá no decía nada, Clementina?

— ¡Y cómo no! Ahí no más le retrucó: “Bien que cuando te sirvieron el chocolate lo agarraste sin chistar”, decía el amo. Pero el tío Eusebio hablaba solo y ni lo miraba al amo.

El seguía con la suya: “Me gustaría salir a la calle y ver con mis propios ojos cuántos son los que tienen las ventanas abiertas. ¡Pero qué voy a salir, si andan esos locos por ahí, metiendo miedo a la gente con sus sables y sus pistolas!”.

Ahí el amo no aguantó más, y le pegó un trompis al tío Eusebio.

—Y yo dónde estaba, tía Clementina?

—Usted lloraba, mi niña, porque el barullo era increíble, pero yo enseguidita me la llevé pa'l fondo, pa' que no oyera.

— ¿Y siguieron peleando?

— ¿Que si siguieron? ¡Siguieron hasta que el amo le partió un paraguas por la cabeza al tío Eusebio!

— ¡¿En serio?!

— ¡Que me caiga muerta ahorita mismo si le miento! En mi baúl tengo guardado el mango de ese paraguas.

— Mostrámelo, tía, mostrámelo.

— ¡Qué le via mostrar ahora, ésta no es hora! Además' tiene que ser en secreto.

— ¿Por?

— Porque al amo no le hace mucha gracia ese recuerdo. ¡Tiene grabado el nombre del rey de España!

— ¿Entonces por ese lío se fueron el tío Eusebio y las primas a España?

— ¡Claro! A la semana ya estaba preparando el equipaje pa' irse en el primer barco que saliera.

— ¿Y nunca más van a volver?

— Eso yo no lo sé, mi niña. ¡Y ahorita, a dormir! Si no, mañana no vamos a tener ganas de cantar ni de bailar ni de nada.

— ¡No, Clementina, contáme más cosas de cuando yo era chiquitita!

— ¿A estas horas? A estas horas, esta negra vieja lo que precisa es un buen descanso. Y usté' también, mi niña.

— ¡Una, una solita! — Ni media. Si se me está cayendo de sueño. Admá', por estar contando estas cosas, todavía no acosté al angelito de su hermano.

— ¡Diga que es un santo el pobrecito! Ande, a dormir se ha dicho! — Está bien, pero otro día me contás, ¿sí?